

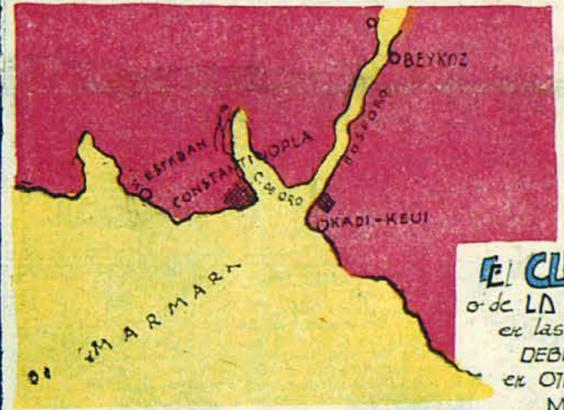
## VISTO Y OIDO ★ Practicaba la Morisqueta ★ por PREMIANI



**Caligula** es naturalmente feo y se ejercitaba todos los días en las muecas más estrafalarias para provocar horror con su cara en las gentes.



Para obtener un modelo lo más verídico posible de **CRISTO**, el pintor italiano **CIERTO** convenció a un pobre hombre de que se dejase amarrar a una cruz y luego lo mató a puñaladas, dedicándose en seguida a pintarlo.

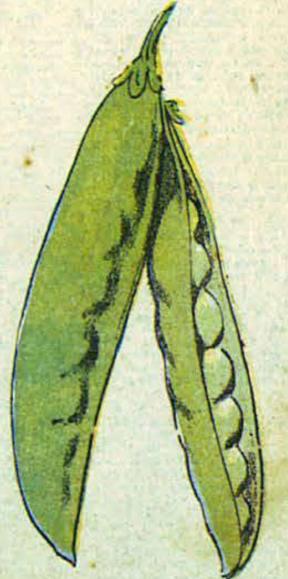
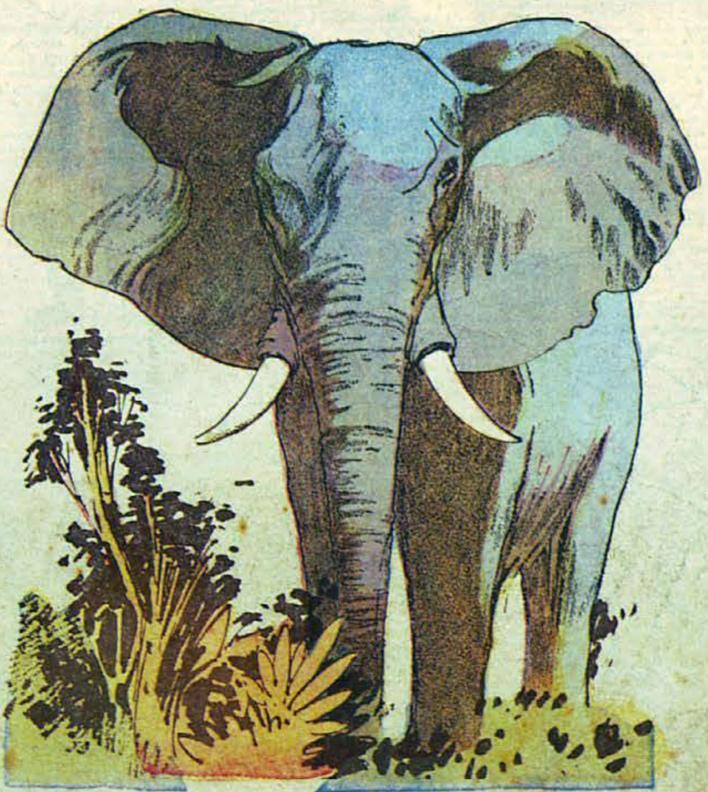


**El Cuerno de Oro** o de la Abundancia, en las cercanías de Constantinopla, debe su nombre a haber sido en otros tiempos el puerto más frecuentado.



Fue **William Herschell**, gobernador de Bengala en 1870, quien adoptó por primera vez como medio de identificación las impresiones digitales.

**El elefante** duerme de pie, por lo común apoyado en un árbol. Para apresarlos, se hacen antes el árbol de modo que al recostarse en él se caiga. Como tarda mucho en incorporarse, mientras tanto se le enlaza sin peligro.



**Las Arvejas** eran antiguamente en Europa un producto rarísimo y tan apetecido que solo se consumían en la mesa real o en la de los ricos aristócratas.



# TREBOL DE CUATRO HOJAS



Las dolencias fueron cada vez más frecuentes; a la edad de ocho años se convino en enviarlo al colegio, para lo cual de tiempo atrás cuidábase un petiso alazán.

Con mano insegura trazó sus primeros palotes, malos como todo trabajo que se efectúa por vez primera.

Más, al regreso, luego de dejar su petiso con las riendas en el suelo, corría hacia su madre y le mostraba tales garabatos, para él obra grandiosa y para la madre perfectos, porque eran de su hijo; y a fe que de ello hubiera convencido a cualquiera, porque siempre es más fácil convencer a los demás cuando uno ya lo está.

A los palotes sucedieron las primeras letras, hasta llegar a escribir su nombre, luego el de sus padres: culminación de júbilo para éstos.

Siempre todo aquello que dependió del tiempo resultó problemático y allí, sequías y heladas malograron las cosechas, dejando a las familias de la región en gran pobreza, sin otro beneficio que las rudas y saludables experiencias que a veces reportan, para el futuro positivas enseñanzas.

Por esta causa esta madre modelo, quedó casi sin ropas ni calzado para su hijo; más, como casi siempre los pobres en dinero son ricos en recursos, puso remedios y más remedios; lavó de noche, aprovechando para secar las pocas brasas que aún daban algún calor y cuando ya no hubo ni con qué remendar, cortó sus viejas prendas, ya muy gastadas; su hijo siguió en el colegio ostentando dos cosas: remiendos y limpieza que parecían decir: tengo pobreza, pero también tengo madre.

También la niña morocha tiene edad de ir al colegio, pero no tiene petiso; más el del niño suplió esa falta por algunos años.

Fueron juntos, aprendieron y jugaron; más tarde el tiempo les tenía reservado ese último porqué...

Valió la naturaleza a mostrarse grata, los pastos y las cosechas fueron abundantes y los que con paciencia siguieron trabajando, sintieron sus espíritus henchidos de esperanza.

Relativa abundancia llenó el vacío de la escasez haciendo apreciar doblemente lo que una vez faltó.

Las clases tocan a su fin: todos los padres se preparan para ir el último día a rendir a la maestra el homenaje silencioso, grande y sincero de su gratitud, como sólo se ve en esos pueblos pequeños en que todo se hace en gratitud o con orgullo, paz y regocijo.

El niño, a quien durante seis años la maestra enseñó con abnegación al par que la madre dulcificó su carácter y el padre fue guía que señaló el buen rumbo, terminó su instrucción primaria y ya no acompañaba a la morochita vecina.

Ayudó a su padre en las faenas campesinas y en otros menesteres apropiados a su edad; pasaron algunos años, el fue para sus padres esperanza que se valoraba sin cesar y sus padres

fueron para él ese algo que nunca alcanzó, ni se alcanza jamás a comprender, pues cuando se logra ya es tarde.

Notó que el bozo asomaba a su cara y, aprovechando la ausencia de su padre, tomó de esta la máquina de afeitar y, pidiendo ayuda al espejo, hizo desaparecer de su cara lo que la naturaleza da y el hombre quita.

La madre lo sorprendió y era de verse allí esas dos emociones gratas e inolvidables re euidadas en una sola.

El, satisfecho de su obra y su madre mirándolo cual si fuera un espejo donde se reflejan sus inquietudes, su miseria y el rudo trabajo de su compañero.

Después de mirarlo largamente, no pudo más, le dió en la mejilla un beso indescriptible.

Llegó el padre, vió de la faz de su hijo la mudanza, mas nada dijo, pero se advertía en su cara que estaba poseído de íntima alegría.

A los pocos días un fotógrafo estampó para siempre en la cartulina la imagen del joven en su edad florida.

Es bastante común que muchos sientan con frecuencia, presentimientos o temores infundados y era así que la madre temía que nubes amenazadoras oscurecieran el horizonte de sus ilusiones.

El espejo ante el cual padre e hijo se afeitaban y miraban, se rompió un buen día; la madre lo rebusó de inmediato y arrojó lejos al mal augurio.

Poco después su hijo halló una herradura cuyos clavos contó y recortó para luego darle destino fijo colgada de una pared.

La comadre trajo la mala nueva de que las relaciones con un pais vecino no eran buenas (así lo decía el diario, juez supremo para su mentalidad sencilla) y entonces el pañuelo con guarda verde que otrora secara lágrimas de dolor y regocijo, secó de ahí en adelante lágrimas de dolor que no era inmediato, pero cuya ubicación en el futuro no era ya dudosa.

Desde entonces allí, aunque los días fuesen de sol, eran sombríos; esas noches silenciosas que invitan al descanso reparador, cuando sólo se oía el rumor de las bestias, que llaman a los hijos que se alejan, eran para los padres de gran tormento interior.

Muchas noches de éstas, presenciaron la lucha entre el sueño que venía sin llamarlo y los pensamientos sombríos que lo alejaban sin pedirlo.

Estalló la guerra; la clase a la cual pertenece el joven fue llamada. La morocha se entera la primera y rápida se dirige a casa de los vecinos a ver si conocen la triste nueva.

Llegó, la miró el joven, y ambos sin poder articular palabra, bajaron la vista.

La madre vió la escena y se dió vuelta en busca de algo que naturalmente no encontró...

Fue la morocha sin decir cuál era la misión que allí la trajera.



Más tarde el compadre comunicó a los padres el llamado de su ahijado para marchar al frente.

La escena desarrollada en el patio, es imposible de relatar. Sólo diré que como triste ironía del destino, de las malezas próximas surgió una vibora que,

como muchacho mal educado, sacó varias veces la lengua, alejándose acto seguido.

Llegó la despedida y, en presencia de padres, morocha y compadres, tuvo lugar ese adiós supremo, que no imita la artista mejor, ni describe el escritor de pluma más ágil.

Sólo se oyó la voz de la niña que dijo: "antes íbamos a clase, ahora vas con tu clase".

Una mañana al levantarse, muy temprano, el esposo le dió a su compañera: "en el patio hay una paloma, dicen que es mensajera de paz".

"Será así, pero nuestro hijo está en la guerra", fue la lacónica respuesta que obtuvo.

Más, como cuando la esperanza se aleja, lo místico se acerca, tomó ella el ave, la abesó en el lomo y en una jaula desde entonces la cuidó con cariño.

Trajo él, del campo, un trebol de cuatro hojas que en cada una tiene una mancha imborrable; ella la tomó y junto al retrato de su hijo lo colocó.

Del frente han llegado, si bien muy espaciadas, varias cartas del hijo, incluso una fotografía de éste en uniforme de soldado, que fue colocada junto a la anterior, mas, dada vuelta contra la pared.

Asimismo llegó una carta, cuyo remitente fue siempre ignorado, destinada a la morocha, que ésta tomó temerosa y guardó en su pecho, donde anhelosa respiración la movía.

Un día tormentoso encontrése sola la madre, y cuando la lluvia empezó a regar los contornos resaca de la casa, pensó que quizás en ese momento la sangre de su hijo regaba un trozo virgen de suelo americano y en un gesto de resignación y rebeldía contra el signo fatal e inexorable, con su llanto regó prendas vertencian al ausente.

Los diarios traían la lista de los que, muertos o heridos, caen en el feroz combate, lista que lee varias veces, insegura la vista, trémulo el pulso, creyendo ver de pronto el nombre que cortara el débil hilo que aun la unía a una esperanza.

Pasaron varios meses y cuando el tiempo robusteciera la ilusión de un regreso y las lágrimas daban una tregua a las pupilas irritadas, en un atardecer, encontrándose allí la comadre y su hija, vieron venir al compadre, que llegaba lento, muy lento, como queriendo demorar el instante de su arribo.

Todos a recibirse se encaminaron presurosos, y la noticia fatal surgió ártima, escalofriante, de su boca. No estaba herido, había muerto.

La madre sólo dijo: "es cierto? ¿es cierto?" y con los ojos nublados cayó en brazos de su comadre; el padre se encaminó detrás de la casa a llorar el llanto silencioso de los hombres.

En sus diarios regresos, el padre, sólo vió entonces que un pañuelo de guarda negra seca una lágrima furtiva, al llegar a la casa de tan cálido y triste recuerdo.

Parados los dos, junto al corral de la hacienda, ella dice: "Ahí está la vaca con su ternero, la oveja con su corderito, el potrillo con el cuello de su madre sobre el suyo, como dándole un abrazo, y yo soy inferior a ellos, pues no perderán lo que para siempre perdí yo".

Volviéron a casa, pasaron al lado de una planta con flor y bajo de un árbol con fruto... vieron la herradura, la retiraron, arrojándola al corral, abrieron la jaula a la paloma, arrojaron al fuego el trebol de cuatro hojas.

Entre los dos retratos, colocaron una flor.

Al poco tiempo estaban reunidos en el patio los padres sin hijo, la madrina sin ahijado y la morocha sin esperanzas.

Al día siguiente solo el matrimonio, él abrió un diario, vió la fotografía de la estatua de un general; los dos la miraron en silencio, sobre un banco se oyó el ruido de cada mate al terminarse y el canto de un pájaro.



EN la campaña de un país sudamericano, próximo a un río, radicóse un joven matrimonio, cuya realización ha poco ha tenido lugar, dentro de un marco de ta e inocente alegría.

Disfrutaban de este regocijo, que, raro es, falte en esa época de la vida. Muy trabajador él, ella esposa admirable.

Vivían muy lejos de pensar, que, muchos años después, iban a soportar las consecuencias de errores que ellos no cometieron.

El hombre en días determinados, concurría a la cercana población, en busca de los artículos necesarios en todo hogar.

Un día de tantos, a su regreso, penetra en la habitación y es recibido con un "Aquí está". Un niño había nacido.

Cómo se contempla por vez primera, el hijo largo tiempo anhelado, es una sensación que sólo está reservada a los que son padres.

Durante un tiempo las noches, no fueron de sueño continuo y reparador, pues a intervalos, ambos padres, deseaban secretamente al hijo respiraba, como muy común en padres novicios, que daban si la lenta respiración existe o no.

Regresa al padre al hogar después de ruda jornada.

La madre, está sentada en un banco bajo, para formar con sus piernas dobladas una provisoria cama al tierno párvulo.

La cara de la madre demuestra satisfacción inefable. El niño toma el pecho, moviendo, juguetón, una regordeta piernita y con la mano acaricia el seno. La faz paterna muestra una sonrisa tan inocente como la del hijo, al extremo de que la futura comadre allí presente le dice: "¿No tiene Vd. pañuelo?"

Fue bautizado el niño, un matrimonio vecino apadrinó la ceremonia.

Aquel no era hermoso, pero la naturaleza, siempre previsora, jamás ingrata, le dió una sonrisa simpática que a todos agradaba.

Una de esas sonrisas, puso al descubierto el primer diente, motivo de gratos comentarios para los padres y la infaltable comadre y vecina.

Un día de Navidad, el petiso de los mandados de los compadres condujo a la casa un pequeño finete llevando la noticia de que la familia de la comadre había aumentado con una niña, que a los no meses se definió como linda morocha.

La madre del niño simpático se empeñaba desde hacía tiempo, para que éste que ya dice "ajá", diga también "papá"; al fin lo consigue, mas nada dijo a su esposo, deseando que él, por su lado se enterase de la grata nueva.

Ella tuvo lugar un domingo, día que en el campo, más que en la ciudad marca una tregua en el rudo trabajo.

El padre al orlo, en uno de esos momentos de descripción difícil, lo besó con ternura, mas la aspereza de su bigote hizo llorar al niño: padre y madre, con besos repetidos, hicieron callar.

Tomó su progenitor en brazos y se dirigió al patio, donde le acaricia y pascia pensando quizás que a más de una tierna criatura llevaba la realidad de una ilusión, la esperanza de su vejez.

Aunque no se sabe con seguridad si los progresos que nos trae el tiempo en su andar, son beneficios todos, o no, lo cierto es que hombres y cosas van cambiando sin cesar, y nuestro niño ofreció mudanzas, ya en sus deseos, ya en las costumbres, traviesas como las de los más.

Es admirable que, en ese hogar de cultura e instrucción sólo relativa, no imperara como medio de corrección el rudo azote que lastima las carnes y subleva las conciencias, sino palabras suaves que producían su efecto como la gota de lubricante en la máquina que chilla.

Donde se oyó noche y día el dulce arrullo al pie de la cuna, se vió que aun había un corazón de mujer, dispuesto a todos los sacrificios a fin de procurar un desarrollo feliz al que recibe en

la vida el primero, grande y duradero amor: amor de madre.

El niño muchas veces enfermó, causando a sus padres días de incertidumbre y dolor, pero, unas veces con remedios caseros (en los que la madrina no admitía rival) y otras mediante oportunas visitas de un médico,

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

**ALGO ME DICE AQUÍ, EN LA CIRCUNVOLUCIÓN DE BROCA, QUE HOY SERÁ UN DÍA FELIZ.**

**SOS LA FLOR DE LA TIERRA, EL CENTAURO DEL TROPICO... LA ESTRELLA DE LA MANANA.**

**¿Y PENSAR QUE TODAVIA NO TE HAN DADO NINGUN PREMIO, DE BELLEZA!**

**HAY QUE SABER GANARSE LA VOLUNTAD DE LAS PERSONAS QUE HACEN TORTAS Y BUDINES.**

**¿HUM! NUNCA HE VISTO CASAS DE VESTIDOS.**

**SI ANDAS ESPIANDO TE VAMOS A CORTAR EL GANOTE, INTREPIDO VISIONARIO.**

**ME ALEGRO QUE ME HAGAS LA VENIA Y CORRESPONDERE A TU SALUDO.**

**ANDA Y FIJATE SI LAS NUBES DEL HORIZONTE TIENEN ELISIPELA.**

**HOY ME SIENTO ARTESANO. LOS GRIEGOS RECOMIENDA BAN GANAR EL PAN CON EL SUDOR DE LOS UTILES DE LABRANZA.**

**¿QUÉ VAS A HACER? ¿UNA ROSA DE MADERA?**

**MIRA QUE ESTOY EN LA EPIFANIA DEL BUEN HUMOR, NO QUIERO PICAROS AQUÍ.**

**VOS QUE SOS REV, DAS BUEN EJEMPLO A TUS INVISIBLES SUBDITOS**

**¡PLAN, PLAN, RATAPLAN! NO TE HAGAS EL CORPO, NEL PORQUE VO SE QUE SOS EL CAPITAN.**

**AHORA SOMOS ALMIRANTES.**

**¿QUÉ ESTAN HACIENDO?**

**ESTAMOS PROBANDO UN APARATO PARA NAVEGAR SOBRE EL VESPERO.**

**CAMPAMENTO.**

**UN CLAVO NO QUITA OTRO CLAVO**

**EL ARCA DE NOÉ**



# A TREINTA PASOS

El coronel Brackembury resuelve en este relato el misterio de un duelo a muerte realizado con ventaja.

ARISTIDES RECHAIN

QUEL asunto siempre se consideró como uno de los más rotundos fracasos. Empezó el coronel C. H. Brackembury.

Su interlocutor, R. J. Wills, que habitaba en un "cottage" cercano al del coronel, acostumbrado a esa clase de introducciones que siempre promueven un relato interesante, lo estimuló:

—¿Lo fué en verdad?

—Usted mismo podrá apreciarlo. Los hechos acaecieron durante mi larga permanencia en la India Británica. Una noche en que se celebraba un "dinner party" en el Empire Hotel de la ciudad de Calcuta, tuvo lugar un incidente de relativa importancia, que poco sospechaba los que presenciaron — yo el primero — sería el capítulo inicial del enredo más endiablado que pudiera imaginarse.

Entre la concurrencia, se encontraban el teniente Spencer O'Neill y su esposa Margaret, joven pareja de recién casados que hacía pocas semanas había llegado desde la metrópoli, por haber sido destinado el esposo, a prestar servicio en un regimiento de la ciudad.

El ambiente en que se desarrollaba la reunión no podía ser más agradable y entusiasta, cuando casi al finalizar la noche se vio interrumpida de pronto por un violento cambio de palabras sostenido por O'Neill y otro de los concurrentes que, aunque desconocido para casi todos, yo, por razón de mi cargo sabía que era Elmer Carry, aventurero, gran tirador y diestrua consumado que hacía breves días se encontraba en la ciudad.

El incidente tuvo lugar a causa de que O'Neill, molesto por la asiduidad con que Carry galanteaba a su esposa durante la velada, e incapaz de contenerse por más tiempo, lo increpó duramente y poco faltó para que se fueran a las manos. No obstante la intervención de algunos de los presentes no pudo evitarse la concertación de un duelo, para cuya tramitación fué designado por O'Neill como padrino, juntamente con el capitán Seymour.

Los que conocíamos la pericia de Carry como tirador y la inexperience de mi apadrinado en esa clase de lances, previmos un mal desenlace del asunto y por mi parte hice lo humanamente posible para evitar el duelo, quedando, no obstante, concertado para la mañana siguiente debido a la testarudez de O'Neill y a la terrible fatuidad de su contrincante.

Se decidió, para evitar que el asunto trascendiera más de lo necesario, que el combate tendría lugar en el amplio pabellón cerrado del Hunter's Club, situado en las afueras de la ciudad. El duelo sería a pistola, a treinta pasos, debiendo los contrincantes darse vuelta y disparar una sola vez cuando fuera dada la señal por el director.

Llegada la mañana, nos trasladamos al sitio designado los padrinos de ambos duelistas y el Dr. Mac Call, médico cirujano. Apenas llegados hizo su entrada mi apadrinado y al cabo de un rato su contrincante. O'Neill, hacía grandes esfuerzos por mantener su tranquilidad y pudo afirmar que salvo algunos indicios de nerviosidad, su aspecto era perfectamente sereno. En cambio Carry, no obstante ser avezado en esos asuntos, estaba mortalmente pálido y más aún, temblando, con visibles muestras de un grado de decaimiento que llamó la atención de todos y especialmente yo estaba asombrado, pues sabía que no era cobarde, así como que éste no era sino un duelo más de los muchos por él sostenidos.

Dadas las instrucciones preliminares y colocados ambos adversarios espalda contra espalda se dió la señal de avanzar. O'Neill lo hizo en forma serena, no así su contrincante que empezó a caminar de manera vacilante y como titubeando; al llegar a la distancia convenida y dada la señal, giraron sobre sí mismos y O'Neill disparó su balazo. Carry quedó un instante como indeciso, levantó con dificultad su brazo derecho armado, pero fallóronle las fuerzas y cayó. El duelo había terminado.

El doctor Mac Call y todos los presentes nos precipitamos a prestar ayuda al herido, quien trasladado inmediatamente a una clínica murió sin haber recobrado el conocimiento.

O'Neill, bastante afectado por el resultado del encuentro se retiró del Hunter's Club acompañado del capitán Seymour, mientras los demás quedamos en el pabellón de caza comentando los acontecimientos.

Tanto yo como algunos de los presentes estábamos sorprendidos del desenlace del duelo conociendo las aptitudes de ambos adversarios, pero lo más sorprendente fué el informe médico sobre la autopsia del cadáver: La muerte había sobrevenido a consecuencia de una herida producida por bala de revolver calibre 32, en tanto que las armas empleadas en el combate no sólo eran de calibre distinto de la que ocasionó la muerte de Carry sino que en vez de ser revólveres eran pistolas de duelo del tipo reglamentario.

—Y así empezó el misterio.

—El jefe del regimiento a que estaba incorporado O'Neill, así como las autoridades policíacas ordenaron una investigación del asunto, teniendo en cuenta las extrañas circunstancias que rodearon al mismo. Fuimos llamados a declarar todos los asistentes al duelo y ninguno de nosotros declaró haber visto que alguien disparara contra Carry (excepto su adversario) en el momento de darse la señal por el director del lance, ni antes, ni después.

Además, todas las personas que presenciaron el duelo habíamos permanecido durante el mismo formando un grupo a un costado del lado de la puerta de entrada, en tanto que, por la dirección de la bala, el disparo que había producido la muerte había sido hecho del lado opuesto.

El pabellón de caza del Hunter's Club medía unos treinta y cinco metros de largo por doce de ancho; tenía una gran puerta de entrada y al frente de ésta seis ventanas anchas; a cada extremo del mismo se abrían dos grandes ventanas.

En el momento del duelo y para evitar que éste trascendiera, tanto la puerta como las ventanas habían sido cuidadosamente cerradas, de tal manera que no obstante haberse celebrado en pleno día, las luces del pabellón tuvieron que ser encendidas.

Revisado con toda prolijidad el pabellón de caza se halló un orificio de bala a unos dos metros del lugar que ocupara la víctima y extraído el proyectil resultó ser el disparado por O'Neill.

Dado el cargo oficial que yo desempeñaba en aquellos tiempos, fui solicitado para colaborar con las autoridades en el esclarecimiento de la muerte de Carry.

En pocos asuntos me tocó intervenir en los que un misterio tan impenetrable se espesara alrededor de los hechos desarrollados. Como testigo que fué del drama, podía asegurar que aparte de la detonación producida por el arma de mi apadrinado, ninguna otra se oyó en el momento de darse la señal de disparar.

Y como esa circunstancia, unida a la de estar el pabellón herméticamente cerrado hacía imposible que Carry hubiera sido herido en nuestra presencia, la consecuencia lógica era que la víctima había sido agredida antes de entrar en el Hunter's Club.

Requerí informes del cirujano que practicara la autopsia, acerca del carácter de la herida y sobre la posibilidad de que la víctima hubiera podido recibirla varios minutos antes de caer desplomada en nuestra presencia. La contestación fué alentadora para mi hipótesis: dada la posición de la bala y el órgano lesionado (el hazo) la muerte se había producido por hemorragia interna; la víctima pudo ser agredida varios minutos antes de caer y aún trasladarse por sus propios medios desde algún lugar no muy distante del pabellón.

Aunque mis sospechas no tenían asidero firme, envié varios telegramas solicitando informes a la policía londinense y al recibir la respuesta estuve en condiciones de arriesgar una teoría sobre la forma en que se habían desarrollado los hechos.

—Cuando fui a conversar acerca de mi explicación con el jefe del regimiento a que O'Neill se hallaba incorporado, lo hallé en un estado de sobreexcitación y con un pesimo humor poco a propósito para mis fines.

—¡Esto me va a costar caro! — Vociferó — ¡Pero más caro aún le va a costar al maldito criminal si llegó a ponerle las manos encima!

—No creo ni lo uno ni lo otro. — Le repliqué con calma.

—¿Cómo?

—No creo que le cueste a usted caro este asunto ya que la responsabilidad de su investigación recae más bien sobre la autoridad policial. Tampoco creo que usted tome medidas de ninguna clase sobre la persona que mató a Carry una vez que usted conozca su identidad y los motivos por los cuales tomó esa determinación.

—¿Que sepa yo quién es... y veremos!... Pero de sus palabras parece traslucirse que usted lo supiera.

—Efectivamente sé cómo y quién mató a Carry y cuál fué o mejor dicho, fueron los motivos. He venido a decirlo todo. Sin embargo, si usted no cambia su modo de pensar y sobre todo su presente estado de ánimo, no diré esta boca es mía.

—¡Lo haré detener por encubridor!

—Afrontaré el riesgo... aunque... lo conozco a usted lo suficiente como para afirmar que siendo noble el motivo que decidió la muerte de Carry, sabrá usted perdonar al autor como yo lo he hecho ya y compartirá el secreto conmigo.

—Muy digno tendrá que ser ese motivo... — Titubeó el militar.

—Y lo es efectivamente. — Respondió en tono pausado — Imagínese que una persona, en defensa de su felicidad, evita con la muerte de un miserable, o un perjuicio para su patria o que un hombre bueno caiga víctima de aquél.

—¡Ciertamente... de ser así... pero entonces quién mató a Carry fué... — Margaret O'Neill. — Terminé sin vacilación.

—Pero... ¿cómo?... ¿por qué?

—Siempre sospeché que la noche del "dinner party" en el Empire Hotel, Carry, más que galantear a la esposa de O'Neill pretendía convencerla. Yo sabía que Carry, aunque inglés, trabajaba al servicio de una potencia extranjera, y yo, como miembro del Servicio Secreto, lo vigilaba desde que llegó a esta ciudad.

Por eso es que durante la reunión lo observé constantemente y aunque no of la conversación pude darme cuenta de que más que de amor hablaban de negocios. Margaret, — lo supe por un telegrama que he recibido de Londres — fué en otro tiempo amante de Carry, de quien se separó al conocer sus actividades y más tarde se casó con O'Neill profundamente enamorada. La intervención violenta del esposo en la conversación dió a la cuestión un nuevo aspecto

que Carry, que era un canalla, no dejó de valorar. Había propuesto a Margaret su colaboración en el descubrimiento de ciertos planes del estado mayor como precio de su silencio respecto a sus relaciones con ella.

Producida la incidencia, sus planes variaron de rumbo: la vida de su marido contra la ayuda que de ella esperaba.

La mañana del duelo, Margaret se dirigió al camino que necesariamente Carry debía tomar para dirigirse al Hunter's Club y le salió al encuentro para tratar de convencerlo por última vez. Carry fué inflexible: O Margaret secundaba sus planes o su marido moriría en el encuentro.

En vista de que aquél no se doblegaba ante los argumentos de toda índole que ella en su desesperación exponía tratando de convencerlo, lo amenazó con un revolver que llevaba oculto en su cartera; Carry saltó para desarmarla y en la lucha salió un tiro que fué a herir al espía.

Margaret, aterrorizada, no atinó sino a huir y Carry, aunque herido, se dirigió al Hunter's Club dispuesto a eliminar a O'Neill.

—¿Dónde ocurrió el altercado?

—A unas ciento cincuenta yardas del pabellón.

—¿No oyeron ustedes el ruido de la detonación?

—Usted olvida que era un club de caza donde nos hallábamos y que por lo tanto se oían disparos con mucha frecuencia. El estar herido Carry cuando se presentó ante nosotros, explica su palidez y agotamiento, que en aquel momento todos los presentes atribuyeron al miedo. Cuando llegó el momento de disparar su balazo, le fallaron las fuerzas a consecuencia de la fuerte hemorragia interna y cayó desplomado.

—Pero... ¿Y por qué no denunció el ataque de que habla sido víctima? ¿Por qué no se vengó denunciando a su agresora?

—Carry no creyó que la herida recibida fuera mortal, por el contrario estaba convencido de que la lesión era de carácter leve desde el momento que no le impidió caminar y no notó pérdida de sangre; de haber comprendido que estaba irremisiblemente perdido, quién sabe cuál hubiera sido su conducta, pues nunca conoció la nobleza de carácter. Como sólo se creía levemente herido, si revelaba lo ocurrido, sus planes se derrumbaban, pues la detención de Margaret y el sumario que con tal motivo se iniciaría, revelaría el móvil de la agresión y no iba a salir muy airoso del asunto. En tanto que ocultando lo sucedido podría realizar su proyecto. Eliminado O'Neill dominaría a Margaret por el terror y algún provecho sacaría del sometimiento a que pensaba reducir a ésta.

—Todo me parece ahora claro y evidente — repliqué el jefe del regimiento — pero ¿cómo pudo usted conocer tantos detalles del asunto?

—Acabo de tener una explicación con la autora, la que me lo ha confesado todo. Está terriblemente impresionada y su marido nada sabe del asunto y atribuye sus nervios a la desagradable incidencia en que él se ve envuelto. Me manifestó que iba a revelárselo todo pero yo le he hecho prometer que no lo hará si yo no se lo indico y me parece que no la autorizaré a hacerlo, pues sé que O'Neill es inflexible y testarudo y no veo la necesidad de destruir la dicha de los que bien se quieren.

—Pero... — empezó el jefe.

—A menos que usted quiera denunciar a las autoridades todo lo que sabe, guiado por una primitiva necesidad de que se aplique la inexorable ley del Talión sobre una mujer más digna de la admiración que del castigo.

El jefe estaba como aturrido; lo vi vacilar entre lo que seguramente consideraba su deber y sus sentimientos de hombre digno. Durante un rato se pasó por la habitación con las manos a la espalda y hablando consigo mismo. Yo lo miraba y comprendiendo sus sentimientos no osé interrumpirlo en sus razonamientos. De pronto vi en su rostro que su determinación estaba tomada.

—Será yo el último de los canallas — me dijo — si dijera una sola palabra de lo que sé.

—No esperaba otra cosa de usted — le respondí en tanto que estrechaba su mano cariñosamente.

Los que no estaban al tanto del giro que habían tomado los acontecimientos, siempre consideraron este asunto como el fracaso más ruidoso de mi carrera.



cia en que él se ve envuelto. Me manifestó que iba a revelárselo todo pero yo le he hecho prometer que no lo hará si yo no se lo indico y me parece que no la autorizaré a hacerlo, pues sé que O'Neill es inflexible y testarudo y no veo la necesidad de destruir la dicha de los que bien se quieren.

—Pero... — empezó el jefe.

—A menos que usted quiera denunciar a las autoridades todo lo que sabe, guiado por una primitiva necesidad de que se aplique la inexorable ley del Talión sobre una mujer más digna de la admiración que del castigo.

El jefe estaba como aturrido; lo vi vacilar entre lo que seguramente consideraba su deber y sus sentimientos de hombre digno. Durante un rato se pasó por la habitación con las manos a la espalda y hablando consigo mismo. Yo lo miraba y comprendiendo sus sentimientos no osé interrumpirlo en sus razonamientos. De pronto vi en su rostro que su determinación estaba tomada.

—Será yo el último de los canallas — me dijo — si dijera una sola palabra de lo que sé.

—No esperaba otra cosa de usted — le respondí en tanto que estrechaba su mano cariñosamente.

Los que no estaban al tanto del giro que habían tomado los acontecimientos, siempre consideraron este asunto como el fracaso más ruidoso de mi carrera.

POR CARLOS PEREZ RUIZ

ILUSTRACION DE RECHAIN

telegramas solicitando informes a la policía londinense y al recibir la respuesta estuve en condiciones de arriesgar una teoría sobre la forma en que se habían desarrollado los hechos.

—Cuando fui a conversar acerca de mi explicación con el jefe del regimiento a que O'Neill se hallaba incorporado, lo hallé en un estado de sobreexcitación y con un pesimo humor poco a propósito para mis fines.

—¡Esto me va a costar caro! — Vociferó — ¡Pero más caro aún le va a costar al maldito criminal si llegó a ponerle las manos encima!

—No creo ni lo uno ni lo otro. — Le repliqué con calma.

—¿Cómo?

—No creo que le cueste a usted caro este asunto ya que la responsabilidad de su investigación recae más bien sobre la autoridad policial. Tampoco creo que usted tome medidas de ninguna clase sobre la persona que mató a Carry una vez que usted conozca su identidad y los motivos por los cuales tomó esa determinación.

—¿Que sepa yo quién es... y veremos!... Pero de sus palabras parece traslucirse que usted lo supiera.

—Efectivamente sé cómo y quién mató a Carry y cuál fué o mejor dicho, fueron los motivos. He venido a decirlo todo. Sin embargo, si usted no cambia su modo de pensar y sobre todo su presente estado de ánimo, no diré esta boca es mía.

—¡Lo haré detener por encubridor!

—Afrontaré el riesgo... aunque... lo conozco a usted lo suficiente como para afirmar que siendo noble el motivo que decidió la muerte de Carry, sabrá usted perdonar al autor como yo lo he hecho ya y compartirá el secreto conmigo.

—Muy digno tendrá que ser ese motivo... — Titubeó el militar.

—Y lo es efectivamente. — Respondió en tono pausado — Imagínese que una persona, en defensa de su felicidad, evita con la muerte de un miserable, o un perjuicio para su patria o que un hombre bueno caiga víctima de aquél.

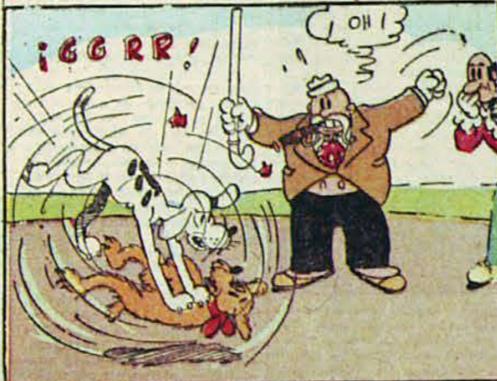
—¡Ciertamente... de ser así... pero entonces quién mató a Carry fué... — Margaret O'Neill. — Terminé sin vacilación.

—Pero... ¿cómo?... ¿por qué?

—Siempre sospeché que la noche del "dinner party" en el Empire Hotel, Carry, más que galantear a la esposa de O'Neill pretendía convencerla. Yo sabía que Carry, aunque inglés, trabajaba al servicio de una potencia extranjera, y yo, como miembro del Servicio Secreto, lo vigilaba desde que llegó a esta ciudad.

Por eso es que durante la reunión lo observé constantemente y aunque no of la conversación pude darme cuenta de que más que de amor hablaban de negocios. Margaret, — lo supe por un telegrama que he recibido de Londres — fué en otro tiempo amante de Carry, de quien se separó al conocer sus actividades y más tarde se casó con O'Neill profundamente enamorada. La intervención violenta del esposo en la conversación dió a la cuestión un nuevo aspecto

## El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez



## CRUCESE DE PALABRAS por Cruz Diablo

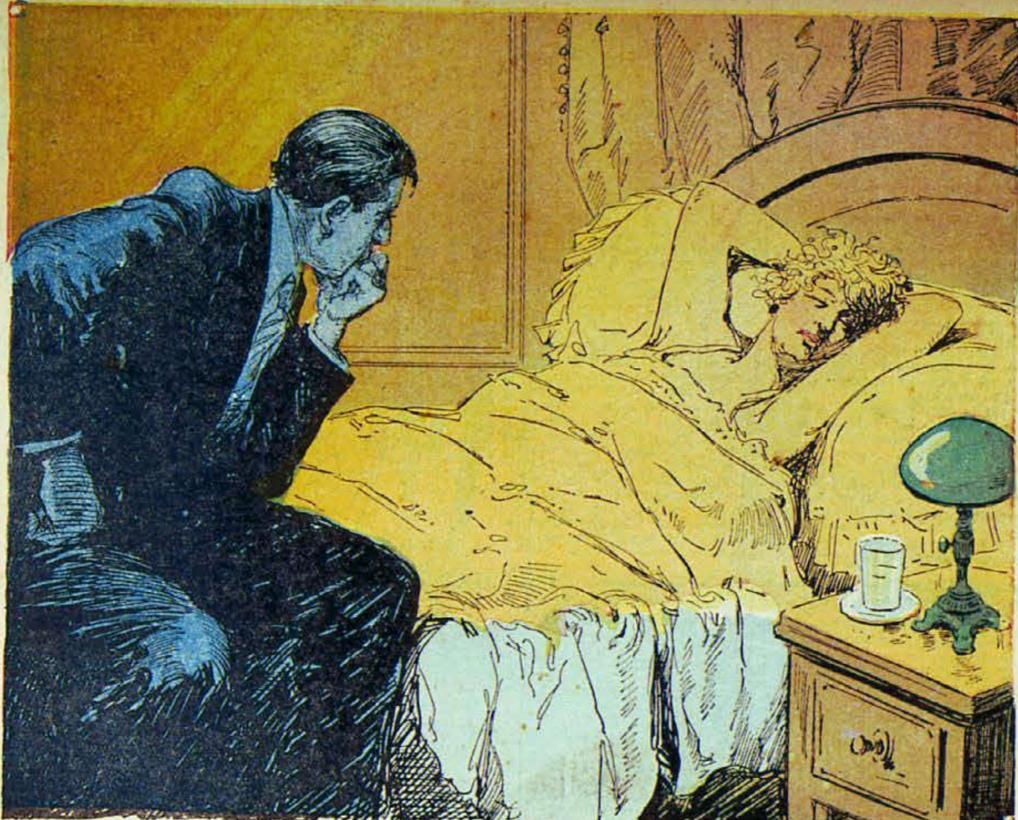
**HORIZONTALES**

1. — 1 Cantan in artículo mortis. 2 Ajuja del reloj solar.
2. — 1 Instrumento de viento. 2 Piano. 3 Carmen.
3. — 1 Isla y mamífero. 2 Azucena. 3 En Oveido.
4. — 1 Maná boliviano. 2 Nitrogeno. 3 Guantes y coqueos.
5. — 1 Sol capicé. 2 El viejo de la montaña y májico lamparero. 3 Compañero de Vasco de Gama.
6. — 1 As. 2 Hay que truncir para pronunciarla. 3 Menos que pica. 4 Preposición. 5 A veces o.
7. — 1 Arbusto y rouge indígena. 2 Alma.
8. — 1 Cien. 2 Primera letra. 3 Junté. 4 Cero. 5 La tienen algunos facones.
9. — 1 Flecha turca. 2 Receta de Fierabras. 3 Río.
10. — 1 Cambian. 2 Vocal. 3 Monstruo marino.
11. — 1 General español (1814-1879). 2 Cierta otoño según Lu-gones. 3 Jantus con viomana.
12. — 1 Caballo del árabe. 2 Aifa. 3 Gotas menudas.
13. — 1 Llano de sol. 2 Por Posesión y Tiro.

**VERTICALES**

1. — 1 Hará cocoa. 2 Se marca y se sigue.
2. — 1 Charco en Corrientes. 2 Conjuncción. 3 Majo.
3. — 1 Castigo. 2 Gusano. 3 Relativo al día.
4. — 1 Neurasténico. 2 Principio y fin de cierta pasta. 3 Río y sillón.
5. — 1 Preposición inseparable. 2 Aracido y criticón. 3 A veces sobre.
6. — 1 Sur. 2 Cincuenta. 3 Río.
7. — 1 Signo de la propo-sición universal afirmativa.
8. — 1 Entre la Tesalia y el Epiro. 2 Diez por ciento mensual.
9. — 1 Consonante. 2 Al final muchos. 3 Comunica las propiedades del imán. 4 Grado. 5 Cuatro-cientos para Julio César.
10. — 1 Ni por bronca. 2 No se sabe de quién. 3 Apellido de cierta letra.
11. — 1 Piedra lechosa. 2 Yodo.
12. — 1 Epíteto de aceituna.
13. — 1 Inventario alimenticio. 2 Mayor. 3 Zarzamora.
14. — 1 Mamíferos artiodáctilos. 2 Letra. 3 A orillas del Iac-chiglona.
15. — 1 Puerto y casa. 2 Duplicado.

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en la lista) el orden de las diversas palabras en cada columna (LAS SOLUCIONES EN EL PROXIMO NUMERO)



**E**STABA avojentado por los sufrimientos de los últimos tiempos. Una vida agitada, llena de amarguras y terribles y estruendosas desilusiones le había emblandecido los cabellos, encorvado la espalda, y su cara, que antes era sonriente y alegre, se había transformado, al cruzarla la dureza de un gesto desconcertante. Como una cicatriz.

Había ambulado por las calles de todos los barrios, esperando que se acercaran las horas de la madrugada para dar cumplimiento a su plan.

—¡Susana! ¡La debí haber comprendido!...

Y clavaba los dientes en los labios.

Una espesa neblina humedecía las calles. Las calzadas brillaban con la luz de los focos. Alfredo empezaba a sentir frío, ahora que su marcha se desarrollaba con lentitud, como si temiese llegar a destino.

—Y tener que abandonarla! Llevaba el saco abrochado en todos los botones y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Cruzaba la calle cuando de pronto oyó el chirriar agudo de los frenos de un automóvil.

—¡Bruto! — le gritaron. — ¡No oyo la bocina!

Alfredo miró como el automóvil se alejaba. Se quedó un momento parado, repitiendo:

—¡Y tener que abandonarla! Echó a andar.

Aquella mujer, Susana, fresca, resplandiente de juventud y belleza, lo habían hundido en una tenebrosa oscuridad moral. Mujer de la calle, abandonada en la lucha por la vida a sus insuficientes medios, se había criado egoísta y procaz.

Donde se desea a las mujeres, la mujer es una mercadería, y cuanto mayor es el deseo, más valor tiene la mercadería.

Y aprendió a hacerse desear.

—¡Susana!

Gozó todo lo que deseó, y dejó todo lo que le permitía poseer su educación como reflejo del medio en que había vivido.

A través de la noche un reloj arrojó al espacio tres campanadas anchas.

—¡Las tres!

Una ráfaga de angustia le recorrió el cuerpo como un chorro de agua helada.

En su cerebro trabajaba febrilmente. Reconstruía escenas vividas hacía muy poco tiempo, pero que le parecían lejanas, tan lejanas que se sentía un viejo caduco recordando cosas de la juventud.

Y así se veía frente a Susana, cuando pálida de emoción y llorosa se le había arrojado contra su pecho, abrazándolo y diciéndole:

—¡Tú eres el primer hombre que me habla así. Nunca me lo habían dicho. Si te hubiera conocido antes te hubiera partecido a puñaladas, como novia...!

Alfredo le acariciaba los cabellos rubios y le decía:

—¡Sí, ya sé. Pero no viene al caso que llores. Tú no tienes la culpa... Yo sé que eres buena, que eres buena...!

—¡Sí, soy buena...! Le que hago lo hago porque no era un nada. Siempre espero que me hagan mal.

—¡Buena! ¡Y te creí!

En aquel tiempo Alfredo pudo creer amor. Más aún, pensó que un gran amor, que el gran amor que esperan todas las mujeres unido al sentimiento de maternidad, la iba a salvar. La vio redimida, dignificada, fiel, arrojándose en un amor verdadero con la fe de una Magdalena del hogar. El, errante solitario, buscaba en la paz amorosa de un rincón compartiendo el estancque de la refresco en las etapas de la lucha diaria.

Creyó en ella.

Y se casó.

Con un concepto provinciano sobre el apellido, le decía:

—¡Están contenta? Te he dado mi apellido. Y no me avergüenzo.

Ella lloraba y le besaba las manos.

Ahora Alfredo, al recuerdo de aquellos episodios se preguntaba sin poderse explicar:

—¿Por qué lloraba Susana? Andaba cada vez con más len-

# CRIMEN

titud y cuando levantaba la cabeza para orientarse en las calles, se sobresaltaba. Porque a pesar de tenerlo todo profundamente meditado y resuelto se encogía cobardemente ante los minutos que le separaban del acto, como si quisiera dejar espacio suficiente para que se agrandaran las divisiones del tiempo.

—Ella no es culpable. No... Ella no. En todo caso yo, que no supe comprenderla. Que no la observé como para ver que no estaba preparada. Que le faltaba mucho para tener lo que no se tiene en un día, en un momento, en un arranque, por más espontáneo que sea: la fe. Eso es, la fe.

Y se insultaba contra sí mismo en voz alta, para oír sus propias maldiciones, y humillarse. El era el verdadero culpable. Y él merecía ese castigo.

La pobre Susana; Desgraciada! había sufrido mucho y ese mismo sufrimiento que le que-

unos dedos infinitos de llorar. Llorar copiosamente y mojarla toda con su llanto. Hacía visajes extraños, casi cómicos con la cara. Pero ni una lágrima. Sólo sentirse ahogado. Con las paredes de la garganta pegadas, obstruyéndole el paso del aire a los pulmones.

Extendió el brazo para acariciar los cabellos dorados desparparrados en la almohada. Por última vez. Pero tuvo miedo de despertarla y se quedó con el brazo en el aire. Sin embargo, las yemas de los dedos alcanzaron a rozar las sedas de oro. No se sentía seguro de sí mismo. No se sentía fuerte. Por más pecaminosa que fuera, era bella, blanca, tibia. Y se sentía empujado con firmeza hacia ella.

Apenas se sentó en un ángulo de los pies de la cama. Y con tristeza, la tristeza infinita de perderla, la cubrió con una nárrada pegajosa de amor.

Después se sobresaltó. Pensaba.

Dos recuerdos desfilaron por su frente.

Amarilló toda la carne de su cara. Y un frío intenso le movió la nuca. No movió los labios.

Por un momento pensó arrojarse sobre el lecho, abrazar el cuerpo de ella y llorar y gritar. Gritarle a la cara:

—¡Susana! ¡Susana!

Desde la más íntima y escondida fibra de su esencia de hombre subió a borbotones, un llanto candente y rojo, llanto de plomo hirviente que se filtró por los ojos. Una gran llamarada lo envolvió todo y a su alrededor ya no vio más nada. En el incendio alucinante en que todo era devorado por las llamas, inclusivo el solo su alma se salvaba. Y su pobre alma, juguete de la pasión, veía en la atmósfera escalariada del incendio la cabeza suspendida de Susana que lo miraba, sin ninguna expresión en los ojos azules. El se acercaba a besarla. Por sus labios se iba a volcar un amor de ternuras infinitas que ocupaban todo su pecho hasta rebalsarlo. Pero antes que él, otros labios se juntaban con fuerza a los labios de Susana y un beso inabarcable, largo, sediento, desvanecía los ojos azules. Cuando desaparecían esos labios, Susana abrió los ojos. Los tenía en marcados en profundas ojeras violetas. Volvía a renunciar la esperanza en él y ante la serena belleza de ese rostro limpio, le ofrecía el perdón. Ella permanecía inexpresiva y él se acercaba a besarla. Pero otra vez, otros labios se unían a los labios de Susana. Se desmayaban sus ojos en un delirio incontinente. Cuando desaparecían los labios y Susana abría los ojos lentamente, Alfredo veía las ojeras violetas. Entonces se llevaba las manos a los ojos y bajaba la cabeza. Con voz ronca suplicaba:

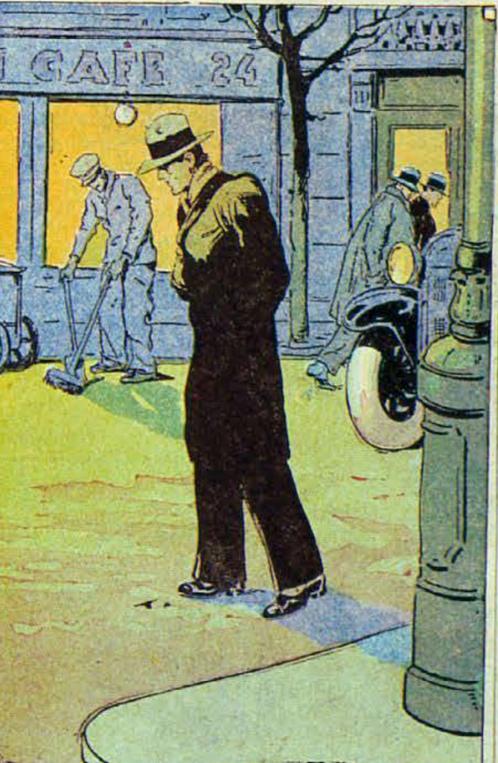
—¡Susana!

Con lentitud, tembloroso e inseguro, bajaba las manos y abría los ojos. Susanas desmayaba en un largo beso. En seguida sus cabellos dorados se desflojaban en la atmósfera íntima. Se cebraban sus ojos y el perfil estático anunciaba un placido sueño. Alfredo, con las ventanas de la nariz desmesuradamente abiertas por la desesperación, la observaba con fieja.

—¡Cuán lejos esa Susana dulce y tranquila de la otra Susana enferma y acanallada!

Sueño de niña fatigada por los juegos. Y la sonrisa leve que custodiaba el decaer de la conciencia tranquila. Alfredo se extasiaba en la contemplación de esa Susana ideal.

—¡Ah, dormir! ¡Dormir...! Si pudiera yo dormir así, muchas, muchas horas y saber que mientras tanto ella duerme a mi lado, así, con esa dulzura que yo tanto he deseado en ella. Dormir ella y yo, así, como ella duerme ahora... así... dormir! Hubiera querido llorar. Sintió



bró la niña y la adolescencia le había matado para siempre la sensibilidad y había convertido en una ciega la esperanza y la ternura que hay en todo ser humano.

De la mujer no quedaba más que la hembra.

El, porque no supo comprenderla, era el único culpable.

—¿Quién más que él?

Y ahora, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba su ceguera.

—A ella le mataron la esperanza, pero yo he muerto la mía.

En una pequeña valija había todo lo que necesitaba llevarse.

POR  
**BELISARIO GARCIA**  
ILUSTRACIÓN DE ROJAS

**U**NA niebla pesada, sucia, peajosa, que subía de arrastrarse hacia el cielo, flotaba aquella mañana en el puerto. De los "Tramps" amarrados en ambas riveras apenas si se distinguían las luces de navegación y el farol de las planchadas; el río, así alumbrado, se mejazaba un inmenso velorio. Las sernas del "Mala Real" y de un americano, que pedían soltar amarras, nos sacó de la cocina. Camafio y Zárate se dirigieron al "Nariva". Sotelo y yo al "West Notus".

El puente transbordador iba con lentitud de una a otra orilla. Repleto de hombres, mujeres y chiquilines, apretujándose contra el frío, somnolientos, semi-dormidos, intentando proseguir el perdido sueño.

Aquella masa confusa de pañoletas, blusas y uno que otro "sweater", era un montón de desesperanzas que cruzaban el Riachuelo, Quebracho, Peligroso, Rumbo y Chicho iban a la Ribera Sud, a la bordada del "Queen Maud", un carbonero que atracará el día anterior. Rumbo empezó a liar un cigarrillo, Chicho mascaba su corta pipa y Ramirez, extendiendo su mirada alrededor, comentó:

—¡Pucha, digol! ¡Con qué cara vamos al trabajo! No parecemos gente.

—¡Sí — agregó Quebracho —. Parecemos bestias, hacienda de frigorífico. Mirá si no a las mujeres y a los chiquilines; se van cayendo de sueño.

—¡Dios me perdone! Parecen vacas que van al deguelo — terminó Rumbo.

Frente a "La Blanca" se desahizó el grupo. El sonido de las campanas y los pitos rompió la niebla, llegando sus ecos hasta las quintas lejanas.

El "Queen Maud" se hallaba amarrado frente a la barraca "Solar". Los veintiseis pies que calaba hasta la línea de flotación, apenas si se veían con las cinco bodegas repletas hasta el tope.

De cubierta corrida, largo sin ningún tropiezo, cómodo para trabajar; el casco pintado de gris, la chimenea negra con dos franjas rojas y la arboladura corta y castigada a popa. Al pie de la planchada, Peña hacinaba la gente, dando gritos desahorados y tratando con rudeza a todos, como era su costumbre. La mañana, a medida que avanzaba la niebla, se tornaba más cruda, y para peor, una sudestad baja empezó a soplar con violencia.

De la arboladura, de la chimenea, de los guinches, de las anuras, de todos lados, caían gotas de niebla; sucia, pegajosa, impregnada de carbón, grasa, hollín.

—¡Mañana perra! ¡Estoy ca-

lado hasta los güesos! ¡Ojo, que Peña anda con toda la mostaza revuelta; me voy a esconder un rato en el guardacalor. Si pregunta por mí, díganle que fui al excusado.

—Dijo Rumbo y desapareció junto a la chimenea.

—¡A ver, caracho, rápido ese balde! ¡Corra!

—¡Saca ese proa! ¡Saca ese cuartel, Petenera!

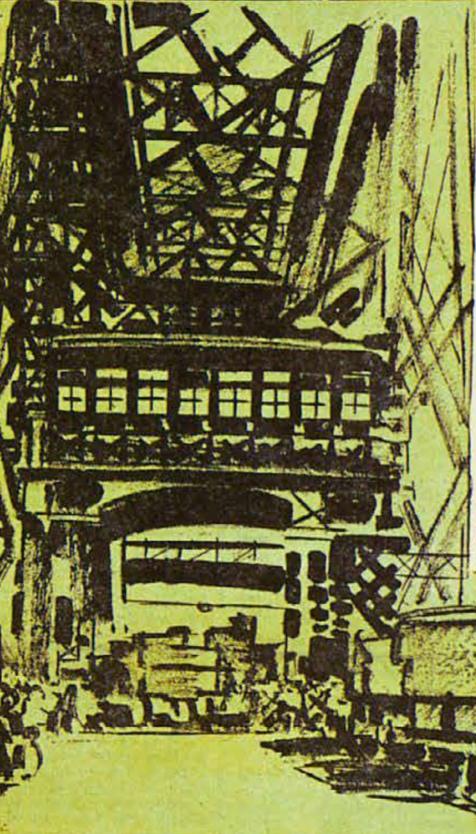
—¡Tienes miedo de mover la pala, Chicho? ¡Qué hacen allí para adós ustedes!

—Se rompió el estrobo — le contestó uno.

—¡Pero, redol! ¡Ya van dos que se rompen! Y así desde que empezaba el día hasta que terminaba el trabajo.

—Ese cada vez se pone más insoportable, va a ver que parale el carro y llamarlo a la realidad. Ya se ha olvidado de cuando era un simple obrero como nosotros.

—¡Sí, Ramirez, es así nomás,



# Museo de la Confusión

**E**N un gráfico noticioso del 21 de agosto, en la sección Cartas del lector me entré de la siguiente protesta que firma Ex-enfermo:

Señor director:

Hay en Buenos Aires — lo comprobamos en la vida diaria — muchas cosas que están mal y que, además de estar mal, contravienen disposiciones de las autoridades. Entre esas cosas, que a veces son anormales en la ciudad grande y civilizada, y que otras veces son atentados a la estética o a la salud pública, o a la moral, etc., entre esas cosas, señor director, se encuentra una que causa una impresión penosa y que sería fácilmente suprimida. Me refiero a la existencia de ciertas empresas de pompas fúnebres en la proximidad demasiado inmediata de los hospitales.

Dejando a un lado ciertas anomalías por el estilo, como ser la superabundancia de lecherías con vistas al Río de la Plata, el exceso de cafés frente a las plantas de achicoria, el sinnúmero de corralones que rodean a algunos circuitos culturales, la presencia de perreras e Institutos Pasteur junto a las mansiones de socios del Kennel Club, etc., me parece que el enfermo no deja de tener razón. Ante todo, hay que pensar en las consecuencias fatales que podría acarrear una peste, virus o enfermedad cualquiera que trasparasa los umbrales de un nosocomio y se interese en una empresa de pompas fúnebres. Creo que cualquiera es capaz de darse cuenta de los peligros que ofrecería un sepulturero con delirium tremens, un cavernario con escorbuto, un enlutado con fiebre amarilla, un palafrenero con parálisis infantil, un funerario con baile de San Vito o suriga cleptomano. Estoy de acuerdo con el conveciente en que para evitar todo esto convendría un alejamiento de las empresas hacia zonas menos populosas. Claro está, a un término prudente, pues resultaría inadecuado señalarlas como vivas las orillas del Paraná, el desierto de Sahara, el monte Everest o la isla de Santa Elena.

En la revista "Atlántida", en una página titulada "At Home", al igual que cierto verso de Guido Spano, encontré un sugestivo comentario acompañando una pose de Carole Lombard. Es este:

Carole Lombard haciendo naturalmente, juego con el interior de su casa: la misma tapicería, los mismos colores...

Por suerte para la fotogenia, el chasirete de turno no cometió la imprudencia de hacerla posar en la carbonera, el toilette o la ante-cocina, si no más bien en una especie de receptáculo lujoso adecuado a las circunstancias. A pesar de lo que asegura la leyenda explicativa, confieso a favor de la artista que descubrí pocas alfombras y gobelinos en su vestimenta, como también una lamentable ausencia de arco iris.

En la página veinte de la misma publicación aparece un cuento, historia, fábula, comedieta o no sé qué titulado "La sombra de los ojos y firmada por Manuel Ugarte. En cierta zona de la elucubración expresa el dramaturgo:

Y mientras le tatuaba la piel con mis besos, se quedaba con los ojos fijos en el horizonte, como si esperase el regreso de una barca que no debía volver.

barco calaba doce pies. Seguía el mal tiempo, las barracas, las estibas del carbón y maderas a lo largo de los muelles, los barcos, las chatas, los pontones, destilaban una humedad viscosa. La calle Pedro Mendoza y la Ribera Sud estaban intransitables; llenas de lodo, polvo de carbón, resbaladiza y oliendo a moho.

En la bodega 5, la última de popa, entremezclado con el polvo y la lluvia, se movían como espectros.

Chicho el Pulles, bañado en sudor, agobiado por la fatiga, soltó la pala. Quitóse el roto pañolón del cuello, secándose el cuerpo, y con dificultad abandonó la bodega. Rumbo, detrás de él, le ayudó a subir.

—¡Te sientes mal, Chicho?

—¡Non poso una, caro Ramirez! ¡Me mancaba el aria!

—Dígame a Peña que lo deje de gango. ¡Esa bestia no considera!

—Hace veinte años que descarga barcos y aun no se da cuenta de que estos veteranos no pueden aguantar allá abajo. Chicho se tiró sobre un encañado junto al guinche que maneja Ramirez el frío de la sudestad y unos cuantos tragos de caña le hicieron ponerse de pie. Caminando con dificultad, intentó dirigirse otra vez a la bodega. Ramirez lo detuvo bruscamente.

—¡No baje, Chicho; usted está mal hoy!

—¡Eh, Ragazzi! Yo se cuelo que me pasa: sono vecchio ya, son lo ami de porto que teño su la espalda, a eso! ¡Chicho dale a la pala! ¡Chicho llinga ese fierro! ¡Chicho agarra ese cuartel!... E se non baso a la bodega non manyan a mia casa!

El esfuerzo que le produjo ese desahogo lo obligó a sentarse. Cerró los ojos y pasaron por su memoria los años de puerto. Más de cuarenta, llenos de fatigas, luchas, degracias, pequeñas alegrías; el nacimiento de un hijo, la fuga de otro, la enfermedad de su Marieta... Y como remate final, ya casi imposibilitado para empuñar la pala con más de sesenta años, los huesos endurecidos y fallándole la vista. ¡Era viejo! ¡Tras-trobo inútil! ¡Balde abollado! ¡Escombros de carbón!...

Se puso de pie nuevamente y con desgano dirigió sus pasos hacia tierra.

—Me parece, Chicho, que ya te queda poco carbón para apalea! ¡En la próxima bordada te dejan en casa! ¡Si antes no te pasa algo peor! ¡Así terminamos todos! ¡Mientras damos jugo somos solicitados, después! ¡Fuera basura!

—¡Iza! ¡Vira! la voz surgió de las tinieblas, cortó las reflexiones de Ramirez, y empujando la palanca del guinche, clavó la vista en el balde que ascendía.

incrustaciones de yerba mate de un estilo Asunción ricamente ataviado con cáscaras de naranja, partículas de arroz y fragante peripoli! Lo que es no visitar las legaciones y evitar la diplomacia.

En el "Caras y Caretas" del 4 de agosto hace acto de presencia un interview al doctor José Arece, del que es culpable otro doctor. Me llamó la atención cierto contrasentido de parte del interrogado. El firmante de la entrevista le efectúa la pregunta siguiente al doctor Arece:

—¿Dónde almuerza y dónde cena?

—A lo que contesta el interpelado: —Pocas veces en casa; habitualmente en el club.

A esta respuesta suceden otras preguntas que son complicadas y finalmente el hábil interrogador requiere una información sobre el siguiente tópico:

—¿Tiene atracción por la vida social, la vida de club?

—Contesta el escorchado: —No soy clubman.

—¿Cómo, no habíamos quedado en que se desayunaba en el club, almorzaba, matraha, cenaba, se desmayaba, estornudaba, perdía la memoria, era sacado en camilla, reconocido por sus familiares, y así siguiendo volvía a comenzar al otro día las faenas del día anterior? ¿Qué es un clubman entonces? Supongo que no será una persona que almuerza en un tonel y come al lado.

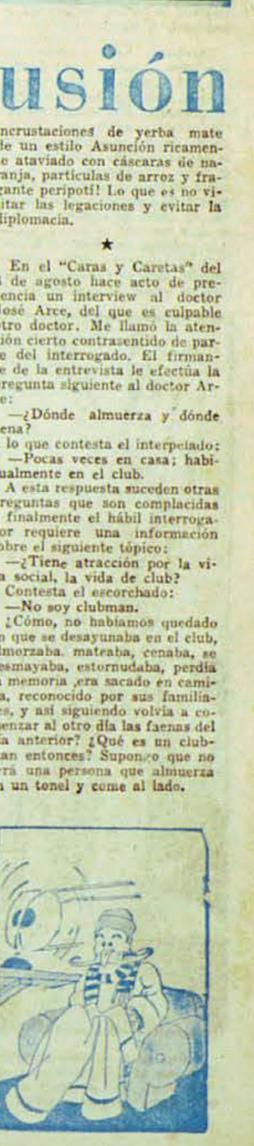
Cruzamos una salita íntima. Estilo inglés. Su tapizado es de terciopelo beige. Una mesita antigua italiana, adornada con potiches.

Llegamos hasta el comedor. Moblaje en estilo francés, de nogal.

La descripción continúa y después de citarnos ciertos sillones que invitan a meditar, termina con estas palabras:

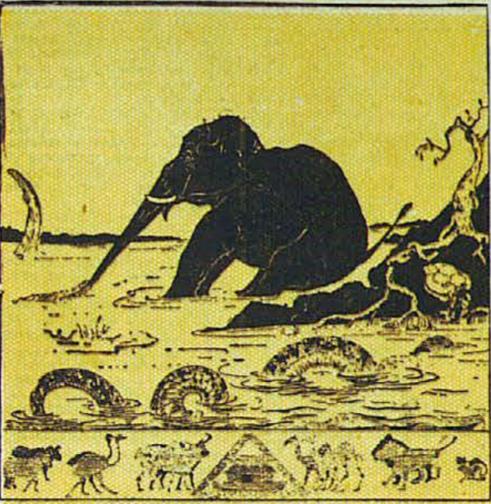
—Nos despedimos. Dejamos una deuda de exquisita atención. Llevamos renovada en nuestro espíritu esa gran admiración que tenemos por las cosas del país hermano...

Ignoraba que las cosas del país hermano estuvieron compuestas de puro estilo francés, mesas italianas, trozos de ébano con incrustaciones de nácar, cortinados de tafetán recién llegados de Londres, etc. Y yo que pensaba que un verdadero refugio paraguayo debía estar constituido por cabezas de vaca con



# ANIMULA VAGULA

# Cómo el elefante logró su trompa



Esto es el elefante nene cuando el cocodrilo le tironea y estira la nariz. Está muy sorprendido y enojado, y habla gangoso; está diciendo: "Déjame! ¡Déjame!"

La boa-de-roca bicolor se apura por agua para ayudar al elefante nene. Todo eso oscuro son las orillas del Limpopo, gris, graso, grande (pero no me permiten poner más color), y el árbol retorcido con ocho hojas es uno de los árboles de fiebre que allí crecen.

Los otros animales son sombras de animales de África entrando a un Arca de Noé africana. No significan nada. Los puse nomás porque pensé que quedaban lindos.

En los tiempos hondos y lejanísimos, el elefante, oh queridísimo mío, no tenía trompa. Sólo tenía una nariz negra y gorda, grande como un botín, que podía agitar de un lado al otro; pero no podía aspirar ni alzar cosas con ella. Sin embargo, había un elefante, uno — un nuevo elefante — un elefante nene — lleno de saciable curiosidad, y esto significa que siempre preguntaba tan tanto. Y vivía en África, y llenaba toda África con su saciable curiosidad.

Preguntó a su tío el alto, el avestruz, por qué las plumas de su cola crecían así en moños, y su tío, el alto, el avestruz, lo golpeó con su durísima uña.

Preguntó a su tía la gorda, la hipopótama, por qué tenía ojos rojos, y su tía la gorda, la hipopótama, lo golpeó con su anchísimo pie. Preguntó a su primo el peludo, el babuino, por qué se parecían al perro, más que al hombre, y su primo el peludo, el babuino, lo golpeó con su peludísima mano; y él seguía todavía lleno de saciable curiosidad.

Una radiosa mañana, en la mitad de la procesión de los equinoccios, esta insaciable elefante nene preguntó una nueva y rara cosa que nunca había preguntado: "¿Qué cena el cocodrilo?" Entonces todo el mundo se volvió, ¡zas!, como un trueno fuerte y terrible, y lo golpearon inmediatamente y de firme, sin parar en mucho rato. Luego, cuando eso terminó, yendo, topó con una kokoloko posado en medio de una mata espinosa espera-un-poco, y le dijo: "Todas mis familias me golpearon por mi insaciable curiosidad, y todavía quiero saber qué cena el cocodrilo..."

Entonces, ave kokoloko dijo con grito gemido: "Va a orillas del Limpopo, gris, graso, grande, todo con árboles de fiebre, y ¡busca! Esa misma próxima mañana, cuando nada quedaba ya de los equinoccios, pues la procesión había precedido según los precedentes, este insaciable elefante nene tomó medio quintal de bananas y medio quintal de caña de azúcar, y diez y siete melones, y dijo a todas sus queridas familias: "Adiós. Voy al Limpopo, gris, graso, grande, todo con árboles de fiebre, a buscar qué cena el co-



Esto es el elefante nene sacando bananas de un banana, después de lograr su linda trompa nueva. Lo negro con rojas, detrás del elefante nene, son pantanos de algún lado en África. Este dibujo no salió mejor porque es difícil dibujar elefantes y bananas y banana.

Entonces el cocodrilo guiñó el otro ojo, y levantó del fango la mitad de su cola; pero el elefante nene retrocedió muy cortés, porque no deseaba que lo golpearan otra vez.

"Acércate, nene", dijo el cocodrilo. "¿Por qué preguntas tales cosas?"

"Discúlpeme", dijo el elefante nene, muy cortés, "pero todas mis familias me golpearon, y también la boa-de-roca bicolor, aquí cerca del río, con su escamosa, latigosa cola; y así, pues, si no le importa a usted no desee que me golpeen más".

"Acércate, nene", dijo el cocodrilo, "pues yo soy el cocodrilo", y lloró lágrimas de cocodrilo para demostrar que era verdad. Entonces el elefante nene se pasó y jadeó y se arrojó en la orilla y dijo: "Usted es la misma persona que anduve buscando todos estos largos días. Por favor, ¿quiere decirme qué cena usted?"

"Acércate, nene", dijo el cocodrilo, "y te lo diré al oído".

Entonces el elefante nene bajó su cabeza junto a la boca puntiaguda, comiluda, del cocodrilo, y éste le dentelló su nariz, que hasta esa misma semana, día, hora, y minuto, no había sido más grande que un botín, aunque muy más útil.

"Me parece", dijo el cocodrilo y la dijo entre dientes, ¡zas! — me parece que hoy empezaré con el elefante nene!"

A todo esto, el elefante nene se fastidió mucho y dijo, hablando por la nariz, ¡zas!, "Déjame! ¡Déjame!"

Entonces la boa-de-roca bicolor rezagó tras él: "¡Joven amigo, si ahora mismo, instante mismísimo, no jales con todas tus fuerzas, ¡opino que ese cocodrilo tuyo del gaban de cuero a cuadros (quería decir el cocodrilo) te zambullirá en ese liko antes de que puedas decir Robinson".

Así es como hablan siempre las boas-de-roca bicolors.

Entonces el elefante nene, sentándose y afirmándose, jaló y jaló, y su nariz empezó a estirarse. Y el cocodrilo chapaleaba y chapoteaba en el agua, la estanciaba con grandes colazos y él jalaba y jalaba y jalaba.

Y la nariz del elefante nene siguió estirándose, y él despatarraba sus cuatro patitas, jalando y jalando y jalando, y a cada tiron se alargaba más y más la nariz — y dolía, ¡algo feroz!

Luego el elefante nene sintió que sus patas resbalaban, y dijo con la nariz, que ya tenía mebal esto!"

"¡Ya va demasiado!"

Entonces la boa-de-roca bicolor bajó a la orilla, y se hizo lazo y nudo en las patas de atrás del elefante nene, y dijo: "¡Viejero imprudente y bisoño, ahora nos dedicaremos a un poco de alta tensión, pues si no, tengo la impresión de que ese automático torpedero acorazado (quería decir el cocodrilo), visitará su permanencia tu futura carrera".

Así es como hablan siempre las boas-de-roca bicolors.

Ella jaló, y el elegante nene jaló, y el cocodrilo jaló, pero el elefante nene y la boa bicolor jalaban más, hasta que al fin el cocodrilo tuvo que soltar la nariz del elefante nene con un ¡paf! ¡paf! que se oyó en todo el Limpopo, cerca y lejos. Y el elefante nene se sintió de golpe, en duro y en seco, pero ante todo dijo: "Muchas gracias" a la boa-de-roca bicolor, y luego fue bondadoso con su pobre nariz ya trompa, y la envolvió toda en frescas hojas de banana y la dejó colgar en el Limpopo gris, graso, grande, que se refrescaba.

"Para qué haces eso?" dijo la boa-de-roca bicolor.

"Discúlpeme", dijo el elefante nene, "pero mi nariz está muy deformada y estoy esperando que se encoja".

"Entonces tendrás que esperar mucho tiempo", dijo la boa-de-roca bicolor. "Hay gente que no sabe lo que le conviene".

El elefante nene estuvo tres días sentado allí, esperando que se encojera su nariz; pero no se encojó, y además lo ponía bisco. Porque, oh queridísimo mío, verás y comprenderás que el cocodrilo la había estirado hasta ser una real y verdadera trompa, la misma que todos los elefantes llevan hoy día.

Al final del tercer día vino un tábano y lo picó en el lomo, y antes de saber qué hacía, él levantó la trompa y aplastó al tábano de un trompazo.

"¡Ventaja número uno!", dijo la boa-de-roca bicolor. "No hubieras hecho eso con una simple nariz mucosa. Prueba comer algo ahora".

Antes de saber qué hacía, el elefante nene alargó la trompa y arrancó un montón de pasto, le sacudió el polvo contra sus patas y se lo metió en su propia boca.

"¡Ventaja número dos!", dijo la boa-de-roca bicolor. "No hubieras hecho eso con una simple nariz mucosa. ¡No te parece que el sol quema aquí?"

"Así es", dijo él, y antes de saber qué hacía, sorbió, gluglú, mucha agua sucia del Limpopo, gris, graso, grande y se espurró, brrr, testa y lomo; fresca le chorreaba el agua sucia tras las orejas.

"¡Ventaja número tres!", dijo la boa-de-roca bicolor. "No hubieras hecho eso con una simple nariz mucosa. ¡No te gustara golpear a alguien con tu trompa?"

"Me gustaría mucho, por cierto", dijo el elefante nene.

"¡Ventaja número cuatro!", dijo la boa-de-roca bicolor. "Te será muy útil la trompa para golpear gente!"

"Muchas gracias", dijo el ele-

fante nene, "recordaré eso; y ahora creo volverme a casa, a ver todas mis familias queridas y a probar".

Así volvió el elefante nene a casa, a través de África, retozando con su trompa. Cuando quería fruta, la arrancaba del árbol, en vez de esperar que cayera, como acostumbraba antes. Cuando quería pasto, lo arrababa estando en pie, en vez de arrodillarse, como acostumbraba antes. Cuando el sol quemaba, se hacía con la trompa un nuevo, fresco, suave gorro y manto de barro. Cuando se sentía solo en África canturreaba en su trompa, y el ruido era más que varias bandas de música. El resto del tiempo en el camino recogió las cáscaras de melón que dejó caer yendo al Limpopo — pues era un paquidermo aseado.

Un día, al caer la noche, vol-

POR RUDYARD KIPLING ILUSTRACION DEL AUTOR

vió a ver todas sus familias queridas, y enroscó su trompa y dijo: "¿Cómo estáis todos?" Se alegraron de verlo y en seguida dijeron: "Ven aquí, a que te golpeen por tu insaciable curiosa edad!"

"¡Ajá", dijo el elefante nene. "No creo que sepáis mucho de golpes; pero yo sé, y os mostraré ya".

Entonces desenroscó la trompa, y a trompazos hizo rodar por el suelo a dos de sus queridos hermanos.

"¡Oh, bananas!", dijeron, "¿dónde aprendiste esa treta y qué has hecho de tu nariz?"

"Conseguí una nueva por el cocodrilo a orillas del Limpopo, gris, graso, grande", dijo el elefante nene. "Le pregunté qué cenaba, y me dijo esto para guardar".

"Te queda muy fea", dijo su primo el peludo, el babuino.

"Así es", dijo el elefante nene. "Pero es muy útil", y alzó a su primo el peludo, el babuino, por una peluda pierna, y lo encajó en un nido de avispa.

Entonces ese malo elefante nene golpeó a todas sus familias queridas por mucho tiempo. Arrancó las plumas de la cola de su tío el alto, el avestruz; sopó burbujas en la oreja de su tía la gorda, la hipopótoma, cuando se estaba en el agua después de comer; pero nunca dejó que tocaran al ave kokoloko.

Al fin las cosas se pusieron tan excitantes que sus familias queridas se fueron de a uno a uno, con gran prisa, hasta orillas del Limpopo, gris, graso, grande, todo con árboles de fiebre, a pedir prestadas nuevas narices al cocodrilo. Cuando volvieron todos nadie golpeó más a nadie; y desde aquel día, oh queridísimo mío, todos los elefantes que veas siempre tienen y tendrán trompa, justo como la trompa del insaciable elefante nene.

I	P	A	T	A	L	E	T	R	A	N	E	M	O	N	A	S
II	R	E	A	L	A	A	G	A	P	E	A	T	O	M	O	
III	O	R	C	A	E	P	O	N	I	M	O	I	R	A	N	
IV	G	E	O	O	A	A	S	T	R	O	A	C	A	R	A	
V	R	O	A	S	A	T	R	O	I	L	O	U	T			
VI	A	A	O	S	A	R	E	C	O	F	I					
VII	M	E	C	H	A	I	N	T	E	R	N	O	A	R	E	N
VIII	A	B	A	T	E	C	O	S	A	R	A	C	E	R	A	
IX	A	S	I	O	U	A	S	M	O	R	G	A	N	A		
X	A	N	U	L	A	R	E	S	O	L	A	R	A	T	A	
XI	F	O	S	A	S	E	R	E	N	A	S	O	D	O	N	
XII	O	O	I	E	S	N	O	R	L	A	R	T				
XIII	R	A	O	B	A	L	O	T	S	A	M	T	E			
XIV	I	T	A	L	O	K	I	R	I	E	Y	A	L	O	R	
XV	S	A	N	T	E	C	A	D	E	N	T	E	M	A	N	I
XVI	M	U	D	A	S	N	I	S	T	A	C	A	B	A	L	
XVII	O	D	O	R	A	N	T	E	A	L	F	A	R	E	R	O

Crúcese de Palabras (Soluciones del Número Anterior)

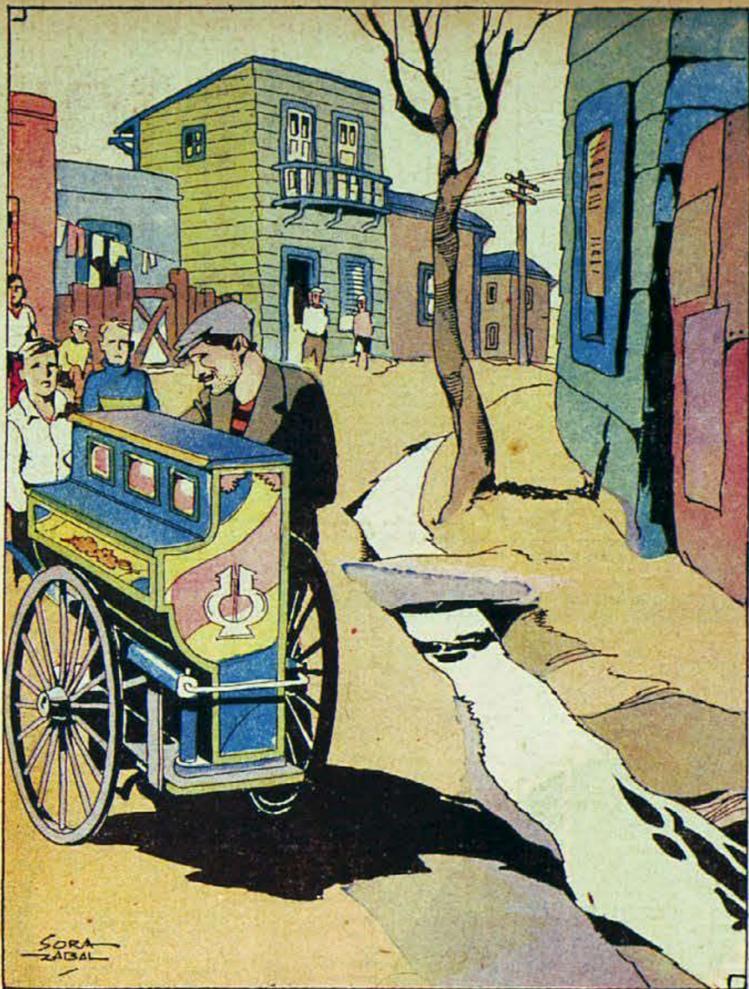
SIN HUMO SIN OLOR

**YPF**

**KEROSENE**

100% ARGENTINO

IZITO



El Rengo del Organito

EN la feria de aquel barrio el movimiento comenzaba a las cinco de la mañana. El ruido de los carros, la gritería de los vendedores, el campanilleo de los tranvías, el clamoreo de los diareros, el ronco son de las bocinas de los autos...

PASTOR CAINZO

Ilustración de Sorazábal

brerías llevan siempre escrito en el papel el nombre del libro que quieren adquirir. Compró una geografía argentina, uno de esos textos escolares con mapas en las tapas. ¿Tendría hijos? ¿Iria él a la nocturna? Y así, después de todo que me importaba de este sujeto? ¿Qué razón había para que yo me molestara por saber quien era y que hacía?

Una noche había un gran mitin político. En el preciso momento en que yo pasaba en el 19, ocupaba la tribuna el rengu del organito, en Belgrano y Pichincha. Sobre su abdomen prominente brillaba una gruesa cadena de oro. Me detuve a escucharle; decía chistes y malas palabras contra sus enemigos políticos a quienes llamaba "los galteritas". La gente reía y aplaudía a cada instante. De pronto alguien, con voz ronca de megáfono gritó: Viva el futuro diputado de la circunscripción novena. Los partidarios redoblaron los aplausos y los gritos: ¡Viva el amigo de los pobres! — exclamó alguien. El rengu del organito se sacó el sombrero y tomando de su bolsillo un pañuelo comenzó a saludar como si fuera de viaje. Yo aplaudí también; y el rengu me miró y me saludó especialmente. Me había reconocido y me saludaba en su doble personalidad de organillero y de político. Cuando hubo terminado el mitin, el rengu, acompañado de unos cuantos individuos, se fue hacia el comité que quedaba a unos

cuantos metros de la esquina. En ese mismo instante pasaban los bomberos haciendo retumbar la calle. Había llegado el momento de averiguar por qué este hombre tocaba el organito a las nueve de la mañana y a las nueve de la noche actuaba de presidente de comité. Esta pintoresca dualidad me torturaba, me impedía trabajar, leer. Decidí conversar con él. Pero ¿a quién abordaría primero, al organillero o al presidente del comité? Porque, ¿cuál de los dos era el verdadero, el que realmente existía? Este dilema paralizó mi investigación durante unos días. Mi intención era hacerme amigo de uno de los dos y tratar de averiguar la verdad. Si abordaba al organillero, éste no me diría absolutamente nada. Si al político, éste me aconsejaría que no me metiese en lo que no me importaba.

Una tarde, inesperadamente, descubrí el secreto. Frente al corralón de la calle cortada dos hombres cargaban el organito en un carro; lo reconocí en seguida por el corazón en rojo vivo sobre el verde que tenía en la parte superior. En eso salió el rengu y dio un peso a cada uno de los hombres, diciéndoles: "A Pancho, que muchas gracias por el préstamo y que mañana irá a visitarlo". Me fijé en los letreros del carro; se leía: Francisco Martínez, guadamiebles, Jean Javres 121". Decidido a todo, me dirigí al hombre del organito. ¿Así que no tocamos más? — le pregunté sonriendo. Me miró largamente. Todos los estados de ánimo fueron expresados por su cara: odio, simpatía, ira; hasta que por fin, con una sonrisa de amistad me preguntó: ¿Es usted periodista? Le dije que no automáticamente para que no fuera mi tardanza en contestar una tibia afirmación. Usted no hubiera descubierto nunca este embrollo — me dijo en un castellano apenas comprensible. Y agregó: "Yo soy, es cierto, presidente del comité de la parroquia; mi trabajo me ha costado. Pero también le advierto que hace muchos años trabajé con el organito por la calle. Una noche se festejaba la despedida de un amigo mío a Italia, se habló de cómo habíamos comenzado cada uno de nosotros. "Vos, gringo — me dijo uno de mis amigos — estás ahora muy orgulloso y no te acuerdas cuando tocabas el organito en la esquina de Independencia y Entre Ríos. ¿Ahora serías capaz de hacerlo?". Yo protesté de eso; yo no me avergüenzo de mi principio. Entonces hicimos una apuesta de cien pesos a que yo no sería capaz de salir a la calle con el organito. He ganado; pero con una trampa que se la digo a usted que no conoce a los otros: contraté un individuo que se parece mucho a mí y le pagaba dos pesos diarios para que saliera a tocar el organito por mí. ¿usted se da cuenta? Cuando usted me siguió varias veces al salir yo del corralón, creí que era mandado por los otros. Y un día tuve que salir yo a tocar el organito a causa suya. Después lo tomé por un periodista de esos que andan averiguando algo siempre". El italiano me miró, me saludó y se metió en un zaguán profundo como un pozo. Desde aquel día no volví a tocar y turmare la música del organito.

